

ductor del almirante Hermes Quijada, entre ellos), y la cárcel de Devoto se endureció. «En Resistencia, las celdas son más grandes, siempre individuales», cuenta Legiurate. En algunos aspectos es preferible a Rawson. Allí hay «una efectiva solidaridad de la población» debido a que está más «concienciada políticamente» y a que posee una tradición de combatividad.

Desde los barrios pobres, señala, la gente aportaba «una manzana, tres cigarrillos, una caja de fósforos». Al escapar pudo refugiarse en casas de la población, en un pequeño rancho de la provincia de Corrientes. En Resistencia se enteraron de las muertes de Trelew. «Un día antes nos sacaron las radios». Luego desapareció el celador del cuadro. Quedaron extrañados. La tragedia de Trelew fue «una cosa tremenda para todos. Los conocíamos a todos. Eran compañeros de organizaciones armadas o amigos personales».

«Yo he visto a todos esos muchachos llorando de impotencia y de dolor», dice. Había 150 presos políticos en Resistencia.

«Más o menos al mes, nos trajeron acá —cuenta Legiurate—. Acá encontramos al peor régimen».

Cada uno fue encerrado en una celda, aislado. Durante diez días por lo menos permanecieron sepultados entre los muros. Uno ochenta por dos metros, paseos interminables de cuatro pasos cortos, un camastro y un jarro que servía tanto para orinar como para tomar el mate cocido.

Eran sacados una vez al día por un celador para ir al baño. «Lograr ir dos veces por día era una hazaña. Así que debíamos recurrir necesariamente al jarro. El pis lo tirábamos luego por la ventana al patio». El trato fue riguroso. Los desnudaron en pleno invierno y los hicieron correr a sus celdas desnudos, apretando contra el pecho los nuevos uniformes, azules, de preso. El que se resistía era dominado a golpes. Septiembre fue un infierno. Hasta que un día, cuando los guardias golpearon a Eduardo Domingo Giménez, la protesta fue tanta, que hubo que instruir un sumario. Así y todo vivieron aislados, sin diarios, ni revistas, sin radios, sin cartas, sin visitas, a 1.600 kilómetros de Buenos Aires.

En diciembre declararon una huelga de hambre que duró dieciocho días. Explica Arcas Basbous, el auditor: «A mí me dicen que soy un hijo de perra. Pero yo no hice más que cumplir las órdenes que se me daban». El auditor se muestra amable ahora. Me lleva al locutorio, el lugar donde los presos y las visitas se encontraban entre una maraña de rejas y redes metálicas que hacían imposible que se vieran. Me las muestra como si a él también le repugnaban. «Cuando empezó la huelga de hambre, el propio Presidente Lanusse envió un radiograma que decía: "No hay concesiones". Y no las hubo. No podía haberlas». La huelga se terminó cuando el comandante López Carballo prometió levantar las sanciones, algo que luego no cumplió. «Las condiciones de encierro siguieron hasta abril —dice Schneider—. Han durado ya ocho meses». Agrega Legiurate: «Todo estaba preparado para la destrucción física y psíquica de los compañeros. (Son las seis de la tarde. El sol entra casi horizontalmente por la ventana y da en la cara de Legiurate. Hay una pausa). Pero nada de eso ocurrió. Hay en todos los compañeros una alta moral revolucionaria».

La moral, explican, se ha mantenido mediante la organización y la disciplina. Los presos políticos han estudiado, ejercitado su cuerpo y debatido permanentemente problemas políticos. En Resistencia, por ejemplo, recuerda Legiurate, se hacían despertar a las 5,30 de la mañana para estudiar. Interrumpían a las diez para hacer ejercicio físico.

En Rawson, las autoridades intentaron quebrar esta disposición con el aislamiento. Pero los presos burlaron todas las trampas con ingenio y trucos propios. Atando dos puntas de las sábanas a la alta ventana de la puerta que da al pasillo podían mantenerse suspendidos y comunicarse con los demás. Desde cada ventana veían al de enfrente y a los de sus costados. Los carceleros quisieron tapiar las puertas, luego intentaron instalar parlantes para aturdirlos el día entero y para que no pudieran oírse entre ellos: fracasaron. En mi presencia, el diputado Muniz Barreto intentó convencer al comandante Sirona de que permitiera ingresar tres radios por pabellón (30 presos por pabellón) para que oyeran los actos de la transmisión del mando. Sirona dijo algo así como que «con tres radios pueden hacer un transmisor». Propuso el sistema de los altoparlantes, pero alguien le dijo que no servían...

Los presos sintieron la distensión en cuanto triunfó el Frente Justicialista de Liberación el 11 de marzo y comenzaron a llegar los diputados electos. «Entonces, probamos el café», dice uno de ellos. Interrogamos a Legiurate sobre el futuro; dice: «Mi propuesta política es la de un peronismo revolucionario independiente y clasista». ¿Por qué? «Yo creo firmemente en la perspectiva del desarrollo de una corriente interna del peronismo que, por su composición de clase obrera en su base, sea auténticamente revolucionaria, basada en los principios del marxismo-leninismo. Y por la existencia —continúa— de una tendencia revolucionaria del peronismo que arranca desde la resistencia en un proceso de radicalización progresiva». Y agrega otra clave de su pensamiento que puede ser vital en el proceso político argentino: «En el seno del peronismo hay una contradicción antagónica que no se resuelve sino por la violencia».

Schneider, por su parte, señala que «para llegar al socialismo es necesario construir, por parte de los sectores revolucionarios, los instrumentos capaces de llevar a cabo el proceso. Fundamentalmente, se gestarán con trabajo en el seno de la clase obrera». ¿Quiénes son los revolucionarios? «Considero sectores revolucionarios a aquellos provenientes del peronismo revolucionario en su proceso de ruptura con el movimiento peronista y a los sectores de la izquierda revolucionaria». Les preguntamos a ambos cuáles son sus coincidencias en objetivos, táctica y estrategia. Son casi totales. «Coincidimos en el socialismo, entendiendo como tal la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, en marcha hacia la extinción total de las clases sociales». Crean en «la necesidad del desarrollo de la lucha armada con el objetivo de la guerra popular revolucionaria con características prolongadas». La entrevista es interrumpida por la llegada del comandante Sirona. Viene de un almuerzo en la base naval de Trelew, con motivo del Día de la Armada. ■ FERNANDO MAS.

La Capilla siXtina

CAMPORA XXIII

Fuentes generalmente bien informadas comunican que muchos políticos españoles en ejercicio o en fase de precalentamiento están mosqueados porque Héctor Cámpora no aludió a España en su discurso de toma de posesión. Si se hubiera tratado de un discurso breve aún habría disculpa, pero Cámpora se destapó con un discurso de tres horas, en el que al menos cabía un minuto para decir ahí te pudras, o aunque sólo hubiera sido una fracción de segundo para meter en el lío la expresión Madre Patria.

Ya se sabe. Los hijos son ingratos, y es tanta ley su ingratitud como la resignación de los padres, sobre todo...

en este mundo absurdo que no sabe a dónde va

... como cantaba Massiel. Cámpora no sólo no ha mencionado a España, sino que, además, parece víctima más que protagonista de los hechos pararevolucionarios desencadenados en la República hermana (por cierto, ¿hermana? ¿hija? ¿prima? ¿en qué quedamos?). Las fuentes generalmente bien informadas dicen que Perón vive pegado al telepito que le trasmite las primicias de lo que le hacen a Cámpora, y el general se pasa el día dando saltos o, mejor dicho, sobresaltos.

La cosa va a plantear incluso un problema oficial, porque como prosiga a este ritmo la dinámica política argentina, la recepción a Cámpora cuando venga a buscar a Perón va a adquirir la misma significación que si se recibiera a Kerenski. Y uno recuerda qué mala prensa ha tenido siempre Kerenski, y cuánto celo se ha puesto en no hacer el Kerenski, y denunciar una y otra vez a todos los que estaban haciendo el Kerenski. Preveo como muy embarazosa la paupérrima de asumir el hecho de que del avión argentino no

descienda el esperado Conde Ciano, sino el imprevisto Kerenski Cámpora.

Y aún preveo otra situación no menos embarazosa: la de Perón, parapetado en su casa de Puerta de Hierro, negándose a meterse en el berenjenal argentino. Perón había lanzado la candidatura de Cámpora como un desafío dirigido a los militares.

—Las elecciones las gano de calle, hasta con Cámpora como candidato me las llevo.

—¿A que no?

—¿Que no?

—¡Que no!

Presentó a Cámpora y ganó, en una operación que se pareció mucho a la de los cardenales del consistorio que eligieron a Juan XXIII porque no llegaban a un acuerdo más determinante. Si los cardenales eligieron a un Papa que iba a durar poco para concederse tiempo suficiente para la construcción de candidatos más sólidos, Perón eligió a Cámpora, porque era el más fiel entre los infieles reyezuelos del justicialismo y, además, un hombre incapaz de corregirle los acentos al general.

Pero la explosión de la "base" ha forzado la situación, y Cámpora va a llegar a extremos increíbles, por ejemplo, proponer el Concilio Vaticano III o crear un Ministerio de Guerrillas Urbanas y Suburbanas, Acuáticas y Subacuáticas.

—¡No fue lo pactado! No me piense, pibe. ¡Límitese a cumplir órdenes!

Grita mudamente el general Perón a través del teletipo, Cámpora no sabe cómo decirle que se ha dado cuenta de que las elecciones no las ha ganado él, pero tampoco Perón. No sabe cómo decirle que las elecciones las ha ganado la necesidad de cambio encarnada en las masas populares.

Si Perón o los militares no lo remedian, tenemos un Cámpora XXIII en ejercicio o en fase de precalentamiento.

SIXTO CAMARA